

CAPÍTULO 1

Saifi

CON FRECUENCIA ME PREGUNTO cuánto de lo que contaba mi madre sobre la forma en que conoció a su primer marido era producto de su imaginación. Si no fuera por las fotografías, dudaría de su existencia. Una amiga me habló una vez de la «admirable resistencia que mi madre tenía a lo no deseado», y como había tanto en su vida que no era deseado, se inventaba historias sobre sí misma que acababa creyendo con tal convicción que comenzaba a dudar de sus propias certezas.

En su imaginación, su noviazgo comenzó con un baile. Me parecía más probable que los padres de él hubieran pedido la mano de mi madre a su padre, un matrimonio de conveniencia entre dos familias importantes, como era la costumbre en Teherán en los años cuarenta. Pero con los años nunca cambió su historia, al contrario de lo que hizo con tantos otros relatos suyos.

Lo conoció en la boda de su tío. No se olvidaba de mencionar el detalle de que por la mañana llevaba un vestido de muselina floreado y por la tarde uno de satén, y que bailaron toda la noche («Después de que se fuera mi padre –solía decir, y luego añadía–, porque nadie se atrevía a bailar conmigo en presencia de mi padre»). Al día siguiente, Saifi pidió su mano en matrimonio.

¡Saifi! Ni siquiera recuerdo haber oído mencionar su apellido en nuestra casa. Deberíamos haberle llamado –con el eco de una distancia prudente– el primer marido de mamá, o quizá por su título completo, Saif ol Molk Bayat, pero para mí siempre fue Saifi, una

parte afable de nuestra rutina. Se insinuaba en nuestras vidas con la misma facilidad con la que permanecía detrás de mi madre en las fotografías de su boda, apareciendo por sorpresa y arrebatándonosla astutamente de forma inesperada. Conservo dos fotografías de aquel día, más que de la boda de mis padres. Saifi parece tran-



*La primera boda de mi madre,
con Saifi.*

quilo y afable, con su cabello claro y sus ojos color avellana, mientras mi madre, que se encuentra en medio del grupo, está de pie petrificada como una solitaria pieza decorativa. Él parece despreocupado y seguro de su felicidad. Pero quizá me equivoque y lo que veo en su rostro no sea esperanza sino desesperación. Porque él también tiene sus secretos.

Había algo en su historia que siempre me incomodó, incluso de niña. Más que falsa, parecía equivocada. La mayoría de la gente sabe irradiar su potencial, no sólo lo que es, sino lo que podría llegar a ser. No diría que mi madre no tenía la capacidad de bailar. Es peor. No bailaba aunque, a decir de todos, lo hacía bien. Bailar había supuesto algo placentero, y se enorgullecía de negarse placeres o cualquier otra complacencia.

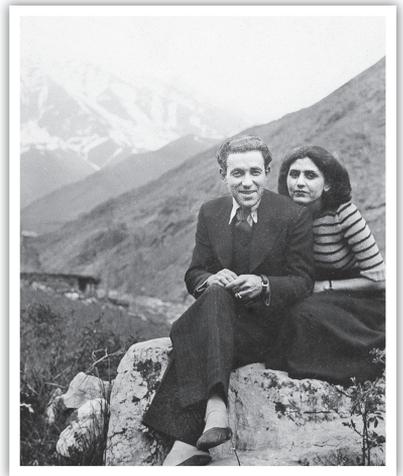
Durante toda mi infancia y mi juventud, e incluso ahora

en esta ciudad tan alejada del Teherán que recuerdo, la sombra de aquella otra mujer fantasmal que bailaba y sonreía y amaba trastorna los recuerdos de la que conocí como mi madre. Creo que si de algún modo pudiera entender cuándo dejó de bailar –cuándo dejó de querer bailar–, encontraría la clave del acertijo que fue mi madre y finalmente haría las paces con ella. Porque me resistí a ella –según decía mi madre– casi desde el principio.

TENGO TRES FOTOGRAFÍAS de mi madre y Saifi. Dos son de su boda, pero la que me interesa es la tercera: una fotografía mucho más pequeña de ellos en el campo, sentados en una peña. Ambos sonríen a la cámara. Ella se abraza a él del modo informal en que lo hace la gente que tiene relaciones íntimas y no necesitan abrazarse con demasiada fuerza. Sus cuerpos parecen gravitar mutuamente de forma natural. Al contemplar la fotografía puedo ver la posibilidad de que esta joven mujer, que quizá todavía no sea frígida, se deje llevar.

Aprecio en la fotografía la sensualidad que siempre encontramos a faltar en mi madre en la vida real. ¿Cuándo?, solía preguntarle, ¿cuándo acabaste el bachillerato?

¿Cuántos años después te casaste con Saifi? ¿A qué se dedicaba? ¿Cuándo conociste a papá? Preguntas sencillas que ella nunca acababa de responder. Estaba demasiado inmersa en su mundo interior como para inmutarse por aquellos detalles. Sea lo que fuere lo que le preguntara, ella me contaba el mismo repertorio de historias. Tiempo después, cuando salí de Irán, pedí a uno de mis



Mi madre y Saifi en el campo.

alumnos que la entrevistara con preguntas concretas, pero obtuve las mismas historias. Sin fechas, sin datos específicos, sin nada que se saliera del guión prefijado de mi madre.

Hace unos años, en una reunión familiar me encontré con una agradable señora austríaca, la esposa de un pariente lejano, que estuvo presente en la boda de mi madre con Saifi. Un motivo por el que recordaba la boda con tanta claridad era por el pánico y la confusión que provocó la misteriosa desaparición del acta de nacimiento de la novia. (En Irán, los matrimonios y los hijos se registran en las actas de nacimiento.) Me dijo, con el brillo de una sonrisa, que después se descubrió que la novia era unos años mayor que el novio. El acta de nacimiento más reciente de mi madre no hace mención de su primer matrimonio. Según ese documento, que substituyó al que se dijo se había perdido, nació en 1920. Pero ella afirmaba que de hecho había nacido en 1924 y que su padre había sumado cuatro años a su edad porque quería enviarla a la escuela antes de tiempo. Mi padre nos contó que en realidad mi madre había restado cuatro años a su edad verdadera cuando recogió la nueva acta de nacimiento que necesitaba para poder solicitar el carnet de conducir. Cuando los hechos no le convenían, mi madre hacía todo lo posible por transformarlos por completo.

Algunos datos constan públicamente. Su suegro, Saham Soltan Bayat, era un acaudalado terrateniente que había visto como una dinastía real, los Qajar (1794-1925), era substituida por otra, los Pahlevi (1925-1979). Consiguió sobrevivir, e incluso prosperar, gracias al cambio de poder. Mi madre a veces presumía de estar emparentada con Saifi por el lado materno y de que ambos eran descendientes de los reyes Qajar. Cuando era pequeña, durante los años cincuenta y sesenta, estar emparentada con los Qajar, que, según los libros de historia oficiales, representaban el antiguo régimen absolutista, no era algo de lo que enorgullecerse. Mi padre nos recordaba con picardía que todos los iraníes estaban emparentados de algún modo con los Qajar. De hecho, solía decir, quienes no podían encontrar

relación alguna con los Qajar eran verdaderamente unos privilegiados. Los Qajar reinaron en el país durante 131 años y tuvieron muchas esposas e hijos. Como los reyes que los precedieron parecían elegir sus esposas de entre todos los rangos y clases, y poseían a quienes les gustaban: princesas, hijas de jardineros, aldeanas sin recursos, todas formaban parte de su colección. Se dice que uno de los reyes Qajar, Fath Ali Shah (1771-1834), tuvo 160 esposas. Como mi padre era muy sensato solía añadir que aquello, por supuesto, sólo era parte de la historia y que, como la escriben los vencedores, sobre todo en nuestro país, nada de lo que se decía de los Qajar podía tomarse al pie de la letra; a fin de cuentas, fue durante su reinado cuando Irán comenzó a modernizarse. Fueron los perdedores, así que de ellos podía decirse cualquier cosa. Incluso de niña sentía que mi madre mencionaba su parentesco con los Qajar más para menospreciar su vida actual con mi padre que para vanagloriarse del pasado. Su esnobismo era arbitrario y sus prejuicios se ceñían a las leyes y regulaciones de su propio reino personal.

Saham Soltan, el suegro de mi madre, aparece en varios libros de historia y memorias sobre política –una línea aquí, un párrafo allá–; en una ocasión como vicepresidente del Parlamento, dos veces como ministro de Economía a principios de los años cuarenta, y como presidente del Gobierno durante varios meses, de noviembre de 1944 a abril de 1945, durante el período en que mi madre afirma haber estado casada con Saifi. A pesar de que Irán declaró su neutralidad durante la Segunda Guerra Mundial, Reza Shah Pahlevi cometió el error de simpatizar con los alemanes. Los Aliados, en concreto los británicos y los soviéticos, que tenían puestas sus miras en las ganancias geopolíticas, ocuparon Irán en 1941, obligaron a Reza Shah a abdicar, lo exiliaron a Johannesburgo y lo sustituyeron por su hijo, Mohammad Reza, que era joven y manejable. La Segunda Guerra Mundial desencadenó tal conmoción en Irán que entre 1943 y 1944 se eligieron cuatro presidentes del Gobierno y siete ministros de Economía.

Mi madre sabía poco sobre el tipo de presidente del Gobierno que había sido su suegro y parecía importarle menos. Lo importante era que su suegro desempeñó el papel de padrino de su presente degradado. Así es como muchos personajes públicos entraron en mi vida, no por los libros de historia, sino a través de los relatos de mis padres.

ES DEBATIBLE LO FASCINANTE que fue realmente la vida de mi madre con Saifi. Vivían en la casa de Saham Soltan, durante el resquicio de tiempo entre la muerte de su primera esposa y su boda con una mujer mucho más joven que según mi madre era bastante odiosa. En ausencia de una señora de la casa, mi madre hacía los honores. «Todas las miradas estaban puestas en mí aquella primera noche», nos decía al describir con gran detalle el vestido que llevaba y el impacto de su perfecto francés. De niña me la imaginaba bajando las escaleras con su vestido de gasa roja, sus brillantes ojos negros, su cabello perfectamente peinado.

«La primera noche que vino el doctor Millspaugh... ¡deberías haber estado allí!» El doctor Millspaugh, el jefe de la misión estadounidense en los años cuarenta, había sido asignado por las Administraciones de Roosevelt y Truman para ayudar a Teherán en la creación de instituciones financieras. Mi madre nunca vio razón alguna por la que explicarnos quién era aquel hombre, y yo, durante mucho tiempo, por algún motivo estaba convencida de que era belga. Más adelante, al repasar los relatos de mi madre sobre aquellas cenas, me llamó la atención el hecho de que Saifi nunca estuviera presente. Su padre siempre estaba allí, y el doctor Millspaugh o algún otro personaje público importante e insignificante a nivel personal. ¿Pero dónde estaba Saifi? Esa fue la tragedia de su vida: el hombre que estaba a su lado nunca era el que deseaba.

Mi padre, para sobornar mi silencio y el de mi hermano contra las imposiciones de mi madre, y quizá para compensar su propia

sumisión, nos repetía sin cesar lo aprisionada que estaba en casa de su suegro, donde Khoji, la dominante ama de llaves, era quien mandaba realmente. Incluso la llave de la despensa estaba en manos de la inconquistable Khoji, a quien mi madre tenía que adular y camelar para conseguir un largo de tela con el que hacerse un bonito vestido. Mi padre nos recordaba que la trataban más como a una huésped indeseada que como a una señora en la casa de su suegro.

Mi madre se presentaba como una novia feliz, la orgullosa heroína cortejada por el príncipe azul, y mi padre la describía como la víctima de las mezquinas crueldades de los demás. Ambos querían que confirmáramos su versión. Mi madre nos arrojaba el pasado como acusación del presente, y mi padre necesitaba que justificáramos la tiranía de ella sobre todos nosotros provocando nuestra compasión. Era difícil competir con Saifi, ya fallecido y además bien parecido, el hijo del presidente del Gobierno, con el potencial de convertirse en lo que ella pudiera imaginar. La inteligencia y la buena disposición de mi padre, sus ambiciones y esperanzas como prometedor director en el Ministerio de Economía, incluso el hecho de que él y mi madre provenían de distintas ramas de la misma familia, parecían un pobre segundo plato en comparación con lo que mi madre creía que Saifi podía ofrecerle. Con el tiempo parecía envidiar el éxito de mi padre en su vida pública, como si fueran rivales feroces en lugar de compañeros.

El problema no era lo que contaba sino lo que omitía. Mi padre llenaba los vacíos: Saifi, el primogénito favorito, sufría una enfermedad incurable –nefritis renal, se llamaba–, y los médicos se habían dado por vencidos. Dejemos que haga lo que quiera durante estos últimos años de su vida, había recomendado uno de ellos. Mímenlo, que se salga con la suya.

Facilítenle todas las diversiones que pueda desear porque le queda muy poco tiempo para disfrutar de la vida. Cuando su familia por fin pidió la mano de mi madre en matrimonio, se olvidaron oportunamente de decirle que estaba enfermo. Lo descubrió en su



Mi madre.

noche de bodas. Según mi padre, el matrimonio nunca fue consumado. En su lugar, se pasó dos años cuidando de un esposo enfermo, viendo cómo se apagaba cada día. Y esa fue la historia de amor de su vida, ¡el hombre que blandía para recordarnos nuestras propias deficiencias!

En ocasiones, cuando hablaba sin parar de Saifi con la mirada perdida, la habría zarandeado y le habría dicho: «¡No, no fue así!». Pero está claro que jamás lo hice. ¿Le preocupaba a Saifi lo que le ocurriría a mi madre cuando descubriera su enfermedad, o qué sería de ella a su muerte? Ella era demasiado orgullosa y testaruda como para interesarse demasiado

por la verdad. Así que transformó un lugar y una historia real en una fantasía de su propia creación. Desde que tengo memoria, mi hermano, mi padre y yo intentamos averiguar qué era exactamente lo que deseaba de nosotros. Intentábamos transportarnos con ella a ese otro lugar que parecía llamarla, al que sus ojos dirigían su atención constantemente mientras miraba con firmeza más allá de las paredes de su verdadero hogar. Lo que me asustaba no era su cólera, sino aquel lugar helado que había en ella en el que nunca podríamos adentrarnos. Cuando todavía vivía, yo estaba demasiado ocupada evitándola y demasiado molesta con ella como para entender lo frustrada y sola que debía de sentirse, lo que se parecía a muchas otras mujeres sobre las que su mejor amiga, Mina, solía decir con una sonrisa irónica: «Otra mujer inteligente desperdiciada».